



(Lain Calvo.)



(Nuño Nuñez Rasura.)

LAIN CALVO.

Menos discordes los historiadores antiguos sobre el origen de Lain Calvo que lo están sobre el de Nuño Nuñez Rasura, los mas convienen en que fué hijo de D. Gumeriando, señor de Castro-Xeriz y gran soldado: en efecto, así resulta de los documentos mas auténticos que se han podido adquirir, y por ellos se sabe que nació, ó en dicho pueblo de Castro-Xeriz, ó en uno de los Burgos, de que despues se formó la ciudad de este nombre, llamado el Morcoo, hacia el año de 798, bajo la soberanía del conde D. Diego Rodríguez, deudo suyo muy cercano. Educado conforme al espíritu guerrero de su padre y á su lado, constata por una escritura de donación que éste hizo de dos cálices y unas tierras al abad del monasterio de San Martín de Flavio, en el año de 816, que en el anterior, esto es, á los diez y ocho de su edad, se habia hallado Lain en una batalla dada á los moros cerca de la villa de L'ampiega, en la que habia ostentado su valor é intrepidez; pues el padre, en dicho instrumento, manifiesta su gratitud al cielo por haber libertado al hijo del grave riesgo en que se habia metido. A éste, que pudo ser el primer rasgo de la inclinación de Lain á las armas, sucedieron otros que le acreditaron en la milicia castellana, y los justifican otra donación que, junto con su padre, hizo en el año de 822 al monasterio de San Vicente de Bistoles, de ciertas porciones de trigo, vino, legumbres, cera y jella, como en recompensa de las muchas oraciones y sacrificios de aquella comunidad por su buen éxito en los encuentros con los moros, que los supone peligrosos y frecuentes. Desde este tiempo hasta el año de 845, en que fué elegido para la suprema judicatura de Castilla, no se sabe cosa memorable de este varon ilustre que esté legitimamente comprobada, excepto su matrimonio con doña Teresa Nuñez, hija segunda de Nuño Nuñez Rasura, su primo, como vizietos ambos del duque de Cantabria D. Fruela.

Nombrado juez en los límites que se refiere en el sumario de la vida de su compañero Nuño, y encargado de los negocios militares

por el motivo que allí se insinúa, trabajó incesantemente en la defensa de su patria, y en dar mayor estension á sus límites. Se halló en la famosa batalla de Clavijo al lado de su conde soberano y rey de Asturias D. Ramiro, en el año segundo de su judicatura; y en los de 881 y 885 en dos fuertes incursiones que hicieron los moros, en los campos de Lara la primera, y la otra en los de Castro-Xeriz, en cuyas jornadas escarmentó de tal suerte á los enemigos, que despues de haberles derrotado, les hizo abandonar veinte y cinco poblaciones que agregó al condado de Castilla.

No solo fué grande Lain Calvo en la milicia; lo fué tambien en el gobierno político: muchas veces se le vió dictar leyes en los Burgos con su compañero Nuño, y muchas en la villa de Fuente-Zapata, llamada desde entonces Vi-jueces. En ambos parages consta que daban audiencia juntas y administraban Nuño y Lain, y en ambos se conservan en el día monumentos que lo acreditan, aunque no exentos de alguna crítica: en Vi-jueces al tribunal mismo, que es una especie de pórtico de piedra, y en Burgos, en el archivo de la ciudad, la silla en que se sentaban para sentenciar cuando tenían su residencia en los Burgos, que no es de piedra, como áponen con equivocación Saucedal y otros historiadores, sino de madera de nogal, muy fuerte y proseramente trabajada. Ramiados los burgaleses, hicieron igual aprecio de Lain Calvo que de Nuño Rasura, erigiendo á su memoria otros dos edificios á par de las de su compañero, con una inscripción que publica cuánto debieron á su valor y á sus armas: dice así:

*Laino Calvo fortis, ceteri
Gladío Galeque civitatis.*

Se cree que murió Lain Calvo en el año de 870, porque en fin de 809 vivia aun, segun otra escritura de donación á favor del referido monasterio de San Martín de Flavio, y despues no se encuentra testimonio alguno de su existencia. Si la memoria de su compañero debe ser recomendable por haber sido progenitor de los últimos con-

des de Castilla, no lo debe ser menos la de Lala, porque lo fué del inmortal Cid Campeador Rodrigo Díaz de Vivar. Su retrato, así como el de Nuño, se ha sacado del que se conserva pintado al fresco en la sala de la torre antigua de Santa María de la ciudad de Burgos, y no tiene más semejanza que aquel.

NUÑO NUÑEZ RASURA.

Son tantas y tan varias las opiniones acerca del origen, vida, sucesos, autoridad, y aun existencia de los Jueces de Castilla Nuño Nuñez Rasura y Lala Calvo, que aunque sería de mucho interés dar alguna idea de ellas para el mejor conocimiento de la verdad, los precisos límites de un sumario no lo permiten. Dejando pues este prolijo trabajo para quien de intento se tomé, como lo ha hecho alguno, el de escribir su historia, se formará su extracto de las noticias más fidedignas y más autorizadas que se han podido adquirir.

Nuño Nuñez Rasura, señor y conde de Amaya, nació en esta villa (probablemente á fin del año 789 ó principio de 790), siendo soberano de Castilla el conde don Rodrigo, abuelo suyo. Su padre don Nuño Rodríguez, no el fabuloso don Nuño Belchides, hombre de probidad y de talento, puso todo su esmero y su conato en educarle según su calidad, y como á hijo único que era, encargando el cuidado de su instrucción y sus costumbres á un venerable monje de san Martín de Tausa, llamado Mauro. No fueron infructuosos sus desvelos: desde sus más tiernos años comenzó á dar pruebas de la impresión que habían hecho en su alma sus lecciones, y apenas había entrado en la edad juvenil, cuando ya su nombre era respetado en la sociedad y en la justicia. Los continuos choques que sostenían los castellanos contra los sarracenos para mantener su libertad é independencia, y para extender sus dominios, acreditaron á Nuño de buen soldado, y sus consejos en la dirección de negocios de la provincia de buen político.

No tenía aun treinta y cinco años, cuando junto con su muger doña Arzobispa, dió fueros á su villa de Brañosera, estableciendo en ella un gobierno sabio, que después influyó infinito en el general de Castilla, y le sirvió á el mismo como de norma en el desempeño de su famosa judicatura.

Muerta don Alfonso el Casco, y llamado á la sucesión de la corona de Asturias su primo don Ramiro, conde soberano de Castilla, por su segunda muger doña Urraca Paterna, heredera de su padre el conde don Diego Rodríguez, temerosos los castellanos de que con la falta de sus verdaderos dueños se suscitasen en Castilla iguales alborotos y levantamientos á los que se experimentaban en Asturias y Galicia, por no tener á la vista legítimo señor que les gobernara, acordaron entre sí elegir dos hombres rectos, que con absoluto poder les administraran justicia, y amparasen sus tierras de semejantes insultos y de las continuas correrías de los moros. Juntos pues á este efecto todos los ricos hombres, hijosdalgo de Castilla y los procuradores de los Condeses de Bardulia, á propuesta de don Suero Fernandez, uno de los sujetos más calificados del congreso, fueron nombrados Nuño Nuñez Rasura y Lala Calvo. Resistieron uno y otro, esponiendo con vigor su ineptitud para el desempeño de un cargo tan importante; pero firmes los congregados, insistieron en su resolución, hasta que por los dos les fué otorgada la gracia de admisión. Confirmaron los condes esta elección como soberanos de Castilla; y en virtud de tan sagrados y legítimos títulos ejercieron su autoridad Nuño y Lala, con poder supremo y absoluto en las ausencias de los condes, y limitado á la administración de justicia cuando estos soberanos residían en Castilla.

Las circunstancias en que se hallaban por entonces los castellanos exigían que uno de estos insignes varones, en quienes habían depositado su confianza, atendiese peculiarmente á los negocios de la guerra; y habiéndose encargado de ellos á Lala, cayó todo el peso del gobierno político sobre Nuño. No es posible caracterizar con hechos particulares la conducta de este supremo magistrado en su judicatura; pero la general opinión no interrumpió, la tradición constante entre los castellanos, sostenida por documentos auténticos, y el fuero de Castilla formado por el del Albedrío, en que Nuño tuvo la mayor parte, son testimonios de su mucha sabiduría y de su prudencia. Burgos, el palacio y corte de Castilla, aunque fundada algunos años después de la muerte de Nuño, por su conde soberano don Diego Rodríguez Porcellos, le miró no obstante como á su escudo, y atribuyó á su sábio gobierno establecido su conservación y subsistencia. Así la acredita entre otros documentos menos públicos, la inscripción con que se consagró á su memoria la elicie de este ilustre magistrado, que hoy se conserva pintada al fresco en la sala capitular de la torre antigua de dicha ciudad, llamada de santa María, que es la misma que posteriormente se puso

al pie de una estatua de piedra que se le dedicó tambien, y colocó en la fachada de la propia torre, y es la siguiente:

*Nuño Rasura civi sapientiss
Civitas Eliseo.*

No se sabe puntualmente cuando murió Nuño Nuñez Rasura; pero según la memoria para una fundación hecha, ó que debió hacerse, por su nieto don Fernando Gonzales, señor de Lara, en la antigua parroquia de Santiago de dicha ciudad, que es sin duda la que está unida hoy á la de santa Agueda ó Gadesa, fué en el año de 862. Su retrato se ha sacado de la referida elicie pintada, la cual no pudiendo haberse tomado del original, se ignora si es copia de alguna otra, ó arbitraria y formada de las ideas de su figura, que sus servicios heroicos habían dejado grabados en los corazones de los castellanos. Debe ser recomendable la memoria de este grande hombre en la antigüedad castellana, no sólo por sus virtudes singulares, sino por haber sido progenitor de los tres últimos condes soberanos de Castilla.

UN EXAMEN FRENOLÓGICO.

No puede ciertamente negarse á Cubi la gloria de haber introducido en España la afición al estudio de la frenología, ciencia hasta desconocida por muchos, y cuyos verdaderos fundamentos sabían pocos. Gall era aquí antes un personaje casi mitológico, y algunos reconocimientos suyos que á manera de vagas tradiciones se contaban, más contribuían á debilitar su persona con los colores de la estraneza y la maravilla, que no á engendrar el deseo de estudiar sus obras. En cuanto á lo demás, el soberano desprecio con que el gobierno ha mirado siempre y continúa mirando aquel estudio, y varios sofismas que contra él han inventado algunos médicos y teólogos, han terminado dignamente la obra de indiferencia é ignorancia que á la frenología había cabido en suerte en nuestro país. Á la frenología, que á pesar de su reciente descubrimiento, se enseña hoy pública y autorizada mente en todos los pueblos cultos, y aun en algunos que no lo parecen.

Más espere Cubi la historia y los principios de la ciencia en un libro elemental, se le permite que haga explicación de ellos en varias universidades, se le presentan en su larga carrera por España multitud de personas solicitando su reconocimiento, se prestan los periódicos á dar publicidad á estos hechos, y todo varía rapidísimamente de aspecto. El furor por la frenología es entonces comparable á la indiferencia que antes había inspirado; generalízase la ciencia tanto como había sido ignorada hasta allí, y aun se consiguió el raro triunfo de que se popularice y penetre en las masas. Y así que Cubi, por circunstancias especiales que nosotros respetamos y que de ningún modo le espantamos en cara, parecia, más que un apóstol, un vengador de frenología.

Esto sucedió por el año 45, y fueron tantos los jóvenes que entusiasmados acogieron con entera fé las doctrinas de Gall, y que siguieron tan á la letra las explicaciones de Cubi, que al poco tiempo no hubo ríñca ni grande cuya cabeza no hubiera sido ya reconocida en toda regla. Hubó algunos infatigables: estos solían detener en la calle á cualquiera, aun sin conocerlo, bajo pretexto de palpar un órgano notable en protuberancia; aquellos acometer en toda reunión á quien no oponía en contra la fuerza pública. Se hizo moda indudablemente, y hasta para el amor se encontraron en seguida multitud de aplicaciones frenológicas. La bella y delicada cabeza de una señorita, destinada hasta entonces á servir de adoración y respeto á los mortales, como lo sigue siendo todavía para los profanos, quedó desde luego á disposición de los frenólogos, es decir, en sus manos, sagrada por otra parte en los instantes de ejercer el magisterio. No dejaron arrochar á la vista de tantos atractivos, habría sido vencer los más grandes imposibles, y ya que no los buses ni mucho menos, me entregué con tanto ardor al estudio de la frenología, como al del corazón de la muger que por aquella época absorbía todo el mio. Beh! en Gall las puras y primitivas emanaciones de la ciencia, aprendí á conocerla y apreciarla en su discípulo Spurzheim; dispés en Combe las dudas que todavía obscuraban mi mente, y almoré en Brüssais el vasto desenvolvimiento de aquella y sus diversas y trascendentales aplicaciones, como tambien su relación con otras ciencias. No era ya solo la verdad frenológica lo que cautivaba mi espíritu; había empezado á vislumbrar con ella un sistema filosófico entero que debió su origen á la misma naturaleza. Me hice, pues, amigo entusiasta y partidario por convicción de la escuela de Gall.

Pero dejemos esto; el lector puede figurarse que traté de escribir un curso de frenología, ó de impugnar los argumentos que sus ene-

migos propalan contra ella, y ni tal es mi propósito, ni la ocasión es oportuna, ni yo me encuentro aun sino en estado de aprender mucho. El título que encabeza estas páginas está indicando mi objeto, que no es otro que el de dar cuenta de cierto examen frenológico, en el cual tal vez se encuentren algunas circunstancias interesantes. El resto del artículo será, pues, una página arrancada de cierto libro de apuntes, en que yo consigo varios de los reconocimientos que sin pretensiones y sin aparato de maestro, he solido hacer en los distintos puntos á que mi estrella me ha conducido.

Hace dos años estaba yo en América, en ese país de encantos y aventuras en que el famoso Chateaubriand bebió tan ricas y nuevas inspiraciones. Acababa de llegar á una de sus mas grandes ciudades, y contra todas mis esperanzas, encontré en ella á un indiano amigo de la infancia, á un compañero de colegio que no veia desde que nuestro comun maestro, con una benevolencia que justicia, aseguró bajo su palabra que así traducíamos á Ovidio como á Ciceron, en la cual despues de todo no se equivocaba. Este amigo, pues, y yo nos debíamos algunas esplicaciones; tentamos que decíamos qué suerte habia caido á cada uno, y qué éramos.

En cuanto á él, no podia quejarse: dedicado al comercio en aquella verdadera tierra de promision, se habia hecho rico; por lo que á mi tocaba, si bien no lo era, habia ido allí contra mi gusto, y todo se compensaba. Proposíame desde luego que me relacionara en el país, y empecé por presentarme en casa de una bellísima y opulenta señora que residia en aquel punto, y que contra la general costumbre de la sociedad americana solia recibir de noche á algunas personas. Es verdad que dicha señora era inglesa. Con efecto, llevéme á su casa una noche, y entre las muchas cosas de que hablamos los allí venidos, ocupó lugar preterente la frenología, bastante conocida ya en América. Esto hizo saltar de gozo á mi amigo, porque él dia anterior le habia yo reconocido la cabeza, señalándole la estremada protuberancia del órgano de la adquisitividad.

—Señores, exclamó en seguida, somos felices. Tenemos aqui un frenólogo que me ha reconocido ayer; y aunque yo no creo en eso, la verdad es que ha acertado.

Mi amigo formulaba su parecer sobre la frenología del modo particular que casi todos; para ellos es menor concesion tener á uno por divino, que prestarse á creer lo que no han estudiado. Por lo demas, ninguno de los circunstantes echó en saco roto la indicacion, y el aprendiz de Gall se vió elevado á profesor por aquella asamblea.

Nada más natural que empezar por las señoras, y anticipadamente por la de la casa, circunstancia que á decir verdad no me causó disgusto, porque Mandy Enriqueta, que así se llamaba, era la inglesa mas bella y seductora, la mujer de mas atractivos que haya atravesado nunca el Océano. Notábase especialmente en su rostro, de blanquísima nieve, la expresion de la mas tierna dulzura, de la bondad mas profunda: parecia una mujer que se elevaba al cielo, á un ángel que descendía á la tierra. Con estas impresiones, pues, y sospechando de antemano los órganos que iba á encontrar mas pronunciados bajo aquellas bellísimas frentas, empecé yo mi reconocimiento. Antes de él debo decir que todos me habian comprometido á ser franco, exigencia á la que accedí gustoso; pero una vez verificado, ni quise, ni me hubiera sido posible serlo. Lo que la frenología me habia dicho y conocer en la cabeza de Enriqueta era tan absurdo, estaba tan en oposicion á lo que su semblante decia, á lo que habia yo creído descubrir con mis constantes miradas, que todo el cuidado me pareció poco para disimular mi sorpresa y las dudas que por la vez primera habia empezado á abrigar de la ciencia.

Aquella mujer, frenológicamente considerada, era una criminal: la combinacion de ciertos órganos que en su cabeza sobresalían notablemente, y la total ausencia de otros que debian moderarlos, manifestaban una mujer hipócrita, ambiciosa, cruel, hábil y sagaz, al par que constante en sus empresas, y Organización agradable y feliz, de que apenas la mas rija educacion suela libertar á la especie humana!

Lo que pasó despues no podria describirlo; solo creí notar al despedirme de Enriqueta que no habian pasado para ella enteramente desapercibidos mis pensamientos ni mi turbacion, lo cual á pesar mio me hacia estremecer.

Al salir á la calle mi amigo me propuso un paseo por el mar, y yo accedí gustoso; cada mejor podia habersele ocurrido. Era una de esas noches tropicales que no se disfrutan sino en América; el cielo se ostentaba puro, espléndido, la brisa era refrigerante, la luna riellaba sus fulgores en el mar, cuyas aguas tranquilas azmejaban las de un gran rio. Y bien necesitaba yo de todo esto para calmar la agueña y ansiedad que el reconocimiento de Enriqueta habia dejado en mi alma, y que lejos de poder ocultar como pretendia, tuve que comunicar á mi amigo á los pocos instantes de habernos embarcado.

—Pero tú conoces á esa mujer antes de ahora? me preguntó ésto.

—Hace tres dias que la he llegado, le contesté. Vivó cualquier, no me la separada de tí un solo instante.

—¿Y ninguno te ha hablado de ella, ni la has conocido en Europa?

—Por los recuerdos de mi querida madre le juré que nunca he oido hablar de ella, y que era ésta la primera vez que la veó.

—¿Es cosa particular pronunció mi amigo entre dientes y meneando de la cabeza, de modo que picó mucho mi curiosidad.

—Cuéntame, le dije al momento, lo que sepas de ella, dime quién es Sara.

—Una viuda rica, amable, que da muchas limosnas, una muger á quien todos llaman ángel.

—Yo no te pregunto lo que la llaman, sino lo que es; ¿tú sabes algo de ella?

—De positivo no; hay tal misterio en su carácter y en sus antecedentes, que ninguno puede decir que la conoce, á pesar de hacer mas de dos años que se estableció aqui. Esto me convenció de que nadie le ha podido hablar de ella, lo cual hace crecer mi estraneza y admiracion hasta un punto inexplicable.

—Luego sabes algo; habla por Dios, y cuenta con mi distraccion.

—Basta, pues, una historia que me han referido hace seis meses, y no hagas sobre ella comentarios ni aplicaciones. Lo que le voy á contar debes olvidarlo en seguida, al menos mientras permanezcas en esta ciudad.

En 1840, en un poblaje que baña el Niágara próximo á donde sus inmensas cataratas se derrumban, vivia modesta y oscuramente una familia inglesa, compuesta de Sir Jorge H., de Enriqueta su hija, joven de 20 á 22 años, y de Sara que tendria exactamente la misma edad. Esta última, aunque mirada por Sir Jorge con el mismo cariño y consideracion que Enriqueta, no era sino una infeliz huérfana, hija de un honrado y antiguo militar, amigo suyo, á la cual habia recogido, y dispensaba el afecto de un padre. No recuerdo si me contaron la causa á cuya virtud esta familia se habia visto en la necesidad de emigrar de Inglaterra su patria, buscando un asilo en los dominios de la siempre hospitalaria Union; pero sea de ello lo que quiera, yo he echado en olvido esta circunstancia, con tanta mas razon cuanto que por fortuna en nada afecta el interés de mi relato.

Vivia Sir Jorge con modestia, aunque con cierto desahogo, en duda por ciertas cartas que recibia mensualmente de Londres, y que remitía inmediatamente á una casa de comercio de New-York. Por lo demás; quien se hubiera detenido á observar su método y economía, mas que escasez ó miseria, habria creído sorprender el plan de vivir oscurecido, de no llamar la atencion de nadie. Pero Sir Jorge padecía una enfermedad crónica doblemente grave por su edad bastante avanzada, y un dia, conociendo que la muerte iba á cortar el hilo de su destruida existencia, llamó á Enriqueta y Sara, de las cuales se despidió tiernamente, confiando á la primera algunos papeles y secretos de familia. Apenas eran trascueridos diez dias de esta desgracia, cuando se recibió en la casa del difunto Sir Jorge una carta de Inglaterra dirigida á éste, Enriqueta, á quien el dolor tenia fuera de sí, la entregó á Sara rogándole que la leyese. Estaba concebida en estos á semejantes términos:

«Querido Jorge: cuán grande es mi alegría al poderle anunciar que vamos á vernos pronto. Si ha cesado de ejercer su influencia contra nosotros la estrella fatal de nuestra familia, y un porvenir de felicidad nos sonríe. Dentro de pocos dias salgo para el Havre; ponte en camino en direccion al mismo punto luego que recibas esta.

Di á Enriqueta, mi querida Enriqueta, que á ella voy á consagrar únicamente toda mi inmensa fortuna, que tanto la hará brillar en el mundo. ¿Y qué sorpresa será la mia? ¿Cómo la voy á encontrar? ¿Yo que no la conozco, pues que su infeliz madre la llevaba aun en el seno cuando abandonó á Inglaterra!

Jorge, las emociones violentas que en este momento me agitan, no dejan correr la pluma.... Embárate para el Havre.... Adios: tu hermano»

GUILERMO.

—¿Qué feliz ves á ser! exclamó Sara al concluir la lectura de esta carta.

—¿Y mi padre! mi pobre padre para quien la fortuna ha sido tan cruel, que solo se la presenta ahora, porque sabe que su deslumbrante atractivo no le ha de despertar, en la tumba!

—Vas á ser rica, muy rica... ¿Y yo!

—Tú no te apartarás nunca de mí, tú tendrás siempre lo que yo tengo. ¿Lo dudas acaso?

—¿Con que ese tio tan rico no te daque, no te ha visto nunca? preguntó Sara con aire de incomprendible distraccion.

—Sin duda, respondió la huérfana sin apartarse de lo extraño de aquella pregunta.

Pocos dias despues las dos jóvenes se encontraban en New-York, y aunque ambas se disponian á embarcarse para el Havre en un bergantín inglés, este se dió á la vela el dia anunciado, sin llevar á su bordo mas que á Sara.

ger, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía.—Lo peor es, dijo otro del coro, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer; y haciendo burla de su pronóstico, sin demorarse las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.—Dios tenga misericordia de su alma, repitió el cuarto, que es de quien podemos tener compasión; que la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que asegundaz el matrimonio:—y vámonos á acostar, que hace mucho frío.»

Iba el pobre Lucas Moreno á satisfacerse de ellos, y saber si había otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se desaparecieron dejándole con la turbación que podeis imaginar. Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya, halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo: como que proseguía la plática de su muerte: «no me quisiera creer á mí cuando ayer le dije que se había de morir dentro de veinte y cuatro horas: hacen burla los ignorantes de la astrología; tómese lo que le vino: que yo sé que esta es la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito.» Respondió el pintor: «era notablemente cabezudo el malgrado de Lucas Moreno, y no poco gloton: debió de comer alguna ración grosera, y darla alguna apoplejía. Dios le tenga en su gloria, y consuele á su afligida mujer: que cierto que habernos perdido un buen amigo.» No pudo sufrir el confuso cajero, y llegando á ellos les dijo: señores ¿qué es esto? ¿quién me hace las honras en mi vida ó tomando mi forma se ha muerto por mí? que yo bueno me siento gracias á Dios. Reharón á hilar entonces los dos, fingiendo espantosos asombros, y diciendo á voces: «¡Jesus sea conigal! ¡Jesus mil veces! El alma de Lucas Moreno anda en pena; alguna restitución pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado. Confirote de parte de Dios que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres.»—dejándole con esto á pique de saciar verdaderos, según el sobresalto que le causó tan espagada mentira. Prosiguió medio desmayado y sin pulso hasta cerca de su casa; y junto á ella vió al amigo celoso que le había salido de ella, y le estaba esperando para acabarle de desatinarle. Hízosele el encontradizo, y el empujón con él, volvió los pasos atrás, y haciéndose cruces dijo: «¡ánimas benditas del purgatorio! ¿es ilusión la que veo, ó es Lucas Moreno difunto? Lucas Moreno soy, pero no esotro; amigo Santillana,» dijo el asombrado mentecato; «¿de qué os santiguáis, á cuándo me he muerto la yo para hacer tantos apartamientos? Asíde entonces de la capa, porque no huyese; y él dejándose en las manos, se fue dando gritos, santiguándose y diciendo: «abrenunció espíritu maligno; no doño á Lucas Moreno sino seis reales que me gané á los bolos el otro día; pero *good non ponare non solvatur*; si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo.» Fuere huyendo con esto, quedando nuestro Moceo tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. «¡Ay! no hay más, yo debo de haberme muerto,» decía entre sí muchas veces: «Dios debe enviarme á esta vida en espíritu, para que disponga de mí hacienda, y haga testamento. Pero (válgame Dios! si me morí de repente, ¿cómo no vi á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal del otro mundo? ¿Si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo, toco y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero al fuera más; ¿no hubiera visto ó oído algún ángel que de parte de Dios me lo mandara? Más ¿qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de primera carne, y no se acostumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valor tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos; y según esto debe de ser verdad. Pero si dicen que el mas amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las repentinias deben de entrarse sin duda por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio. Pero ¿si fuese alguna burla de mis amigos...? que el tiempo es comodado para ellas, y hasta agora ninguno de los que me encuentran por la calle hace apartamientos de verme sino son ellos: ¡válgate Dios por muerte tan á poca costa!» Haciendo estas discursos desvariados llegó á su casa, y hallándose cerrado, llamó con grandes golpes. La noche entraba fría y oscura, y la cariñosa mujer estaba brevemente de lo que había de hacer y avisado de lo que había pasado. Tenía sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un comado huido á dos criados que vivían en ella: la moza era tan gran bellaca como su señora, y en oyendo llorar, respondió con una voz lastimada: «¿quién está ahí?—Abrame, Casilda,» dijo el difunto vivo. «¿Quién llama,» repuso, «á esta hora en esta casa solo vive el desconsuelo y la tristeza?—Acaba ya,» decía, volvió á decir, que soy tu señor: ¿no me conoces?—Abre, que llorvina y hace mas frío del que permite este lugar.—Mi señor, respondió ella, ¡pluguiera á Dios! Ya le padre la vida; ya está en parte dulce

por lo que sabía de cuentas le habrán hecho cajero mayor del infierno, que allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su ánima.» No pudo entonces impacientemente sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así dando un pontapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la alaba le abrió, huyendo la criada y dando las voces que los demás que había encontrado en la calle. Salíó á ellas la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada; y en viéndole, se cayó desmayada diciendo: «¡Jesus! ¡qué veo! Faltó poco para no hacerlo mismo al asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en paro de las muestras de sentimiento que en su mujer había visto, le llevó en brazos á la cama, desmayándola y echándola en ella, que aunque le sentía todo, se daba por medio difunta. La moza se cerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenía. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comían ó no los del otro mundo, abrió un escritorio y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empujones de una bota, cuya alma le había infundido la Membrilla; pateciéndole que no era tan trabajos la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella. Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer el corazón desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo fago y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subándole el licor de Noé, sino á las barbas á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desunándose á zancadillas y echándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo y se tragaba la risa; con poca resistencia de ella, que reventaba por salir. En fin se acordó desmayada y lo otro, embalsamando el sueño con acaeros vinosos: que no hay tal jarabe de adormideras como el que saca un legar. El durmió hasta la mañana soñando purgatorios, infiernos, y glorias; y entre tanto vinieron los burlescos amigos á informarse de lo que pasaba de la criada, y celebraron la buena elección que el difunto había hecho, amortajándose por de dentro de pie á cabeza con las telas que se teje Baco. Amaneció viendo que todavía estaba durmiendo su marido la cautelosa cajera, y se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el moñil viudo y las hipocritas tocas; compuso la cara de fiesta, y volviéndose á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: «¿hasta cuándo habéis de dormir, marido mío! ¿Aun no se han digerido los buecos con que anoche os acostasteis? Estremeciéle los brazos, inñándole de las narices; con que dando boqueos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, la cara de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo dijo: «Polonia, ¿dónde estás? ¿Baste tú también muerto como yo, y en fé del amor que me tenías en el siglo y te ha sacado de él, vienes á celebrár en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó cómo salí de la otra vida? que vive Dios (si en esta se puede jurar) que no sé cómo me he muerto ni á qué parte me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos por acá? ¿Vendese vino y bizcochos? ¿Qué artiero me trajo mi escritorio? que yo anoche saqué de él provision bastante á consolar la soledad que sin él sentía por estos países no conocidos.—¿Buen humor,» respondió la estúpida fisona, «eran en vos, marido mío, las carnestolendas! ¿Qué chinditas son esas? Acabad, levantaos; que ha enviado á llamarme el genovés dos veces.—¿Luego no estoy muerto ni me enterraron ayer? repuso él.—En vos á lo menos, replicó entonces ella, debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, según está de muerta, pues decís esos disparates.—Si las almas se entierran, Polonia de mi vida, volvió á decir, es verdad que anoche le hice las honras; pero ya yo le estubo en la parroquia, lastimado el teniente, crietas nuestros amigos. Morando Casilda y enlutada vos.—Acabad agora de ensartar chanzas.» replicó ella, «que os llama nuestro genovés.—» ¡Luego también los hay acá? preguntó él: «no debo yo estar en carrera de salvación, pues no está donde habitan rambios (1) y se hospedan trampistas.—Hejemonos de pulgas,» dijo Polonia, «y levantaos de ahí, que parece que nuestro Señor, respondió Lucas Moreno que há veinte y cuatro horas que estoy muerto, y no sé cuántas enterrado; preguntádselo á Casilda, el teniente-curá de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos á quien viuda anoche y enlutada, y agora á lo que imaginó, muerta como yo, que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulso ni aliento á la cama, y os debió de costar el aparato de verme la vida; y sin saber cómo, de la suerte que yo, estas en esta y no lo acabó de creer.—¿Qué tropelias son estas, marido mío? dijo la fingida turbada. «Anoche, ¿no nos reusamos buenos yanos? ¿Qué entierros, difuntos á otros mundos son estos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que también es médico, y nos dirá lo que le he dado á mi buen Lucas Moreno; que estas mugercillas con quien tratá le deben de haber trastor-

11. Cambistas, gitanos.

2. Mentiras, bobas.

nado el caso. No sabía qué se fuese el atorado marido, ni si estaba vivo, muerto ó vivo; ni la mujer podía sacarle de qué era espíritu que volvía á poner orden en su hacienda. En esto entraron los dos ayudantes de la burla, y refiriendo ella lo que pasaba, le afirmaron (no sin verse) de que estaba no solo en este mundo, pero en Madrid y su casa, y que si daba todavía en su tierra pararía en la del Nuncio. Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenían barrenado el cerebro; con que el consuelo de que vivía y airado de que le tuviesen por loco, les dijo: «Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y vaqueros con que ayer bulisteis de mí? haciéndome más cruces que tiene una procesion de penitentes?—¿Vos me visteis ayer á mí? replicó el astrólogo. ¿Cómo pudo eso ser, si estuve encerrado todo el día en mi estudio levantando figura sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes?—Yo á lo menos, dijo el pintor, no salí del monasterio donde trabajo, hasta las once de la noche.—Pues yo, acordó el viejo, tampoco vi ayer la calle, ocupado en despear un propio á la montaña mi tierra.—Pecor está que estaba, dijo él, casi loco de veras. Vos, señor vecino, ¿no me dijisteis anoche por la noche, que según la mala color, los indicios del pulso y pronóstico de vuestras figuras, había de morir dentro de veinte y cuatro horas?—¿No? replicó él, pues ha mas de cuatro dias que no nos vemos y ¡págora salte un sol! Volved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debais de haber sabido esta noche.—Como ello sea sueño y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del mar de carnesolendas, en abricías de la vida que no sé si tengo.—Aneplamós la fiesta, y responder un todos; y para que os acobais de desengañar, vestíos y vamos á oír misa á la parroquia: veréis lo que puede en vos la imaginación vehemente. Hízolo así el incrédulo floado;—y para no cansaros le sucedió lo mismo con los clérigos que vivió el día pasado tratar de su entierro, que con los demás amigos. Riéronse y diéronle plomes, que por no ballarse con cordal para sufrirlos, le obligaron despues de haber cumplido con el convite, á que se asentase de Madrid á negocios del genovés por quince dias, dando en ellos lugar al olvido que en la corte sepulta brevemente todos los sucesos por peregrinos que sean: dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla, no dijese el misterio de ella á su marido, sino que le persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa.

Kates tanta que nuestro esjero experimentaba ausente que estaba vivo, y se moria la fama de su entierro en sueños, no se despidió la mujer del pintor de ejecutar la burla que tenía imaginada, envilecia de la buena salida que había tenido la de su competidora. Para lo cual concibióse con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa ajena, envió el jueves siguiente á la plazuela de la Chelida á que le comprase una puerta de las muchas que tales dias traen á vender allí, que fuese á medida de la que en su casa salía á la calle, y por vieja pedira la jubilasen. Trájola con todo secreto de noche, y escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al hermano de lo que había de hacer, y le encargó con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas despues su marido, quedándose en el monasterio, donde pintaba, los aprendices que tenía trabajando colorás; porque se había de acabar el retablo para la Pasion, y era necesario dizec piezas. Recibióle Mari-Perez (que así se llamaba la volciosa pintora) con todo cariño y amor: mostráronse temprano porque le importaba el madrugar, y durmieron hasta la media noche (digo, el desmentado marido; que ella mal pudiera, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlasas); y llegada aquella hora, comenzó á dar voces y quejarse á gritos la engañosa casada, diciendo: «¡Jesus! que me mueren marido mio, mi horca es llegada; tráiganme confesion presto, presto, que me mueren:» y otros extremos semejantes que suben muy bien hacer las mugeres cuando se les antoja. Preguntábase compasivo su compañero lo que tenía; respondiendo sobre: «¡Jesus! Madre de Dios! que me mueren: confesion, sacramentos, que perezco.» Levántose á las voces una sobrina que tenía en casa á suplir los misterios de una criada, y em tambien mirándole en el ogaño: la cual llegando de venir así, aplicádola paños calientes á las tripas; dndola tostada en vino y canela, y haciendo otros remedios semejantes; así que el dolor cesase porque la enferma no queria, hubo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del puerco) á que se levantara, harto contra su voluntad, coligido de la templan que en su nager conocia, y afirmandolo ella y la sobrina, que aquel accidente era mal de madre, ocasionado de una ensalada que había cenado, cuyo vinagre redó y una rebavada de queso otras veces la habían puesto en el último peligro de la vida. Niñala de que no cercamentase de tales sucesos; y ella le dijo medio ahogada: «no es hora. Morales, agora de reprimir lo que no se puede remediar: vayan á llamar á la madre Castejona, que sabe mi templan, y ella sola puede aplicarme con que se me alivie este mal raído; ó sino á hacerme la sepultura.—Muger mia, respondió el afligido esposo; la Castejona se ha ido á vivir junto á la puerta de Puencarral, nosotros estamos en Lavapiés; la noche es de invierno, y si no me en-

ten las goteras, ó llueve ó nieva: aunque yo voy con todas estas enfermedades, ¿cómo sacremos que se quedará levantado? La otra vez que os apretó este achaque, me acuerdo yo que os fué con dos onzas de triaca de esmeralda caliente en la caxera de media naranja, y puesta en la boca del estómago: yo iré á la botica por ella; por amor de Dios que os asegureis, y no me consista hacer tan larga diligencia, pues ha de ser inútil, y yo tengo de volver con otro mal de madre peor que el vuestro.» Comenzó á quejir entonces mas ratico que nunca, y á decir: «¡Bendito sea Dios que tan buena compañía me ha dado! ¡Miren qué imposibles le pido! ¡qué enterrarse domingo si me muero! ¡que saque de sus brazos! ¡que despididos de en hacienda! sino que me llame una conada á costa de mojarse un par de zapatos. Ya yo sé que deseais vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doy dais vos un cabriola en el corazon; y por eso escusais cualquiera diligencia que estorbe vuestros deseos y mis dolores. Volved á acostaros, sosegad y dormid; que si yo me muriero, declarando dejare que me distes soliman en la cascada de anoche.—Muger, muger,» respondió el marido «meaos libertades, que no tienen los males de madre exenciones de atrevimientos, y podria ser que con un palo os tragase el dolor desde las tripas á las espaldas.»—«¡Palos á mi señora tal!» dijo la doncella llamada, ¡malos años para vuestro mereal y para quien no lo sacra los ojos primero con estas niñas! ¡há el pintor si que pasiese la postera á no sé cuantos pretinzos la sacudida mora, que escusó huyendo y dando un porras gritos con alharacas mortales. Volvió á pedir la doliente «confesion, comedia, sacramentos, que me alivien,» ¡y, que me han dado rejalar! ¡Jesus! no es esta mal de madre, sino mal de marido.» Tomó algunos horas mas pensada de la que sin saberlo la comenzaban á hacer al enojo de Morales, y que si se moria dejando fama que él la había hecho la costa, era echar la soga tras el caldero, y hubo de paciguarla con caricias y amores, y envender una botana, bien necesaria para la oscuridad y la cansa, poniéndose unas botas, capa casada, la capilla sobre el sombrero, y salir en busca de la comadre Castejona, registrándole las goteras que despachaban las tejadas á calderos. Sabia el buen Morales que se había pasado la dicha comedia á la calle de Puencarral, pero no á qué parte de ella; y lleviéndolo como se debía, sin persona en la larga distancia que hay desde Lavapiés á aquel barrio, la noche como boca de lobo, y el resquegado de su matrimonio, juzgá vosotros ahora si se le antojó muy buen espacio de tiempo en bailar lo que buscaba y no había menester; que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo á la enferma de bellagueria, y no de males de estómago, la cual en viendo fuera de casa á su buscón marido, llamó á su hermano que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle y pusieron la nueva, que ya tenía su cerradura y aldaba, y se había ajustado á los quicios y medida, de suerte que sin ruido se asentó como de modo. Encima de ella en el frontispicio clavaron una tabla mediana y escribió en campo blanco, *casas de posadas*. Hecho esto, trujeron una estera de amigos que vivian cerca de allí, con sus mugeres, dos mastines guardianes, guitarras y castañetas, y de casa de un figón cono y gira aromodada con el limpio, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre buca-comadres, que sin ballar la Castejona, no hizo mas que importunar aldeas y desportar vecinos. Con el agua á media pierna y la presión al gollete, llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que pasaba dentro, pensandó que la había errada levantó la linterna; y reconociéndola, vió las puertas nuevas y la tablilla de posadas sobre ella, que la desatinó sobre manera. Volvió á examinar la calle y halló que era la de Lavapiés. Recordó las cosas colaterales, y continuó que eran las de sus vecinos. Repará en las de su frente y halló las propias de siempre. Volvió á la suya, y descubrió la novedad de su puerta y reciente ózio de su título. «¡Válgame Dios!» dijo haciéndose cruces, «hora y media há que salí de mi casa donde mi muger estaba mas para llantos que para bailes; en ella solo vivimos los dos y su sobrina: las puertas, aunque misteriosas de reformation, eran las mismas cuando salí que los otros dias; casas de posada en esta calle, no las vi en mi vida; y cuando las hubiera, ¿quién puede de noche y en tan breve tiempo haberla dado á la una este ventoso privilegio? Pues decir que lo sufrió no es posible, que tengo los ojos abiertos y los ojos examinadores de este encantamiento: echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitucion de su honor: pues ¿qué puede ser esto? Tomó á temar y ver y oír puertas, tablilla y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina transformation, y asiendo de la aldaba dió golpes con ella bastantes á despertar el barrio. Qué no oyeron ó no quisieron oír los balladores huéspedes. Aseguró alabardas mayores, y despues de haberle tenido á curar como fiengo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un candil encendido en la mano, y un tocador (1) en la cabeza entre ruido y rito, diciendo:

«No hay posada, hermano; vaya con Dios, y menos golpes; que le coronará por mérito un orinal de seis días.—Yo no busco posada que no sea mía,» respondió el pintor, «como que me dejan entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandan en ella quién en hora y media lo ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole copiado su dinero á Diego de Morales?—De párras debía de ser,» respondió el mozo, «el que es desgobierno la lengua, hermano mío! para quien tan aforzado viene, poco daño le hará el agua de las goteras: váyase noramala, y no me toque otra vez la puerta, que le echaré un mazón que le abra media docena de botanas.» Cerró con esto de golpe la ventana, y prosiguió dentro la gira y boro, y el pobre pintor dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacía esos trampantojos. Manu-daba el cielo cántaros de agua y nieve, á volutas de un viento que le desembarazaba el cerebro. La vela de la linterna se había acachado, y con ella la paciencia de su perceptor; y así, volviendo á dar mayores golpes á la aldaba, oyó que respondía de dentro uno: «mozo, daca un palo, suelta esos mastines, sai allá fuera, y hazle á ese borracho una fricación de espaldas, con que se le desembarace la cabeza.» Abrióse la puerta entonces: y salieron dos perros, que á no detenerlos el mozo, y cerrar tras sí, hicieran con Morales el confuso pintor la burla de verás.—«¡Hombre del diablo! dijo el ministro, «¿qué nos queréis aquí con tantos golpes? ¿no os han dicho que no hay posada?—Hermano, esta es la mía,» respondió él, «quien diablos la ha convertido en meson, siendo ella desde mis padres acá de Diego Morales?—¿Qué decís, hermano? replicó, ¿qué Morales ó azofafos son esos?—Yo lo soy, dijo, por la gracia de Dios: pintor conocido en esta corte, estimado en este hárrío y habitador de esta casa mas ha de veinte años. Llamadme á mi muger Mari-Porte, si no es que también se ha transformado en mesonera, y sacárame de este laberinto.»—«¿Cómo puede ser eso, presiguió el mozo, si ha más de seis años que esta casa es hospedería de las mas conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su muger Mari-Molina, y yo su criado? Andad con Dios, que á no teneros lástima, yo os curara por el ensalmo de este gerrode la enfermedad vinosa que os deslumbra.» Volvió á cerrar la puerta, entrándose dentro, y el espelido dueño de su casa atontado, sin saber qué se decir ni hacer, á oscuras y atrancando todos, se fué á la del celoso Santillana. Llamó á ella, y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz creyendo que le había sucedido algun desastre ó pendencia; preguntó-sto, é informado de lo que pasaba, hizo levantar á su muger y aunque ella sabia el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á los hechizos y propelas, que Yeges y S. Martín (de quienes era un poco devoto) suelen hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre en que se calentó, dejaron á enjugar su ropa, limpiáronla las horas, y dándole matraza sobre el fieltro que resistió mejor el agua que sus fúgas, le acostaron en una cama que le hicieron, portando el en acreditar lo que había visto, y ellos en afirmar que venia, como dicen, éstaro como.

(Concluírá.)

MELODIAS HEBBEAS.

(LORO NYROS.)

Ella se acerca radiante de hermosura.

Ella se acerca radiante de hermosura como la noche de los cielos sin nubes y los cielos estrellados: todo cuanto la sombra y la luz tienen de mas encantador se ha reunido en su semblante y en sus ojos; una divina alianza produce en ella esa dulce claridad que el cielo niega al esplendor del día.

Una combra de mas, un rayo de menos, hubieran casi alterado la gracia inefable de cada trenza de sus negros cabellos, que espárea un encanto seductor en su rostro. La serenidad de sus facciones revela la pureza de sus pensamientos.

La sonrisa y el rubor que animan aquellas mejillas y aquella frente tan dulce, tan tranquila y tan dociente, recuerdan días pasados en la virtud, un alma en paz con toda la tierra, y un corazón cuyo amor es inocente.

El harpa del rey poeta.

Rotas están las cuerdas del harpa del rey poeta, del príncipe de los hombres y del elegido del cielo; esa harpa no es ya el harpa condecorada por las lágrimas que vertían todos aquellos que escuchaban sus acordes melódicos. ¡Dóbles el llanto; sus cuerdas están rotas!

Ella ablandaba con su dulzura los corazones de hierro, y los conmovía virtuosos; no había oído tan resonante ni amó tan frío que resistiesen el poder de sus sonidos. El harpa de David era mas poderosa que su tronó!

Ella cantaba los triunfos de nuestro rey; celebraba la gloria de

nuestro Dios; regocijaba nuestros valles, y hacia inclinarse á nuestros cedros y á nuestras montañas; sus armonías subían al cielo, y allí resuenan ahora.

Desde entonces... no se les oye en la tierra; pero la piedad y el amor arrebatan aun el alma con sonos que parecen salir de los átrios celestiales, sumergiéndola dulcemente en esos sueños que la resplandeciente claridad del día no puede interrumpir.

Si en ese mundo elevado...

Si en ese mundo elevado que está mas allá del nuestro el amor sobrevive con nosotros; si el corazón del objeto amado nos conserva allí su ternura; si sus ojos son los mismos, aunque no humedecidos por el llanto, ¿cuánto no será la felicidad de ser admitido en esas ástias desconocidas! ¡Cuán dulce no sería morir en esta misma hora, volar lejos de la tierra y ahogar todos nuestros temores en el océano de la eternidad!

Y así será; no es por nosotros mismos por lo que temblamos en la ribera, cuando impacientes por salvar el abismo, permanecemos aun amarrados á la frágil cadena de la existencia. ¡Ah! creamos que en esta porvenir encontraremos los corazones que estuvieron unidos á los nuestros, para refrescarnos con ellos en las ondas inmortales; y pertenecerles para siempre sin tener la separación de la muerte.

La Gaceta salenje.

La Gaceta salenje puede aun triscar con alegría sobre las colinas de Judá, y templar su sed en todas las fuentes que brotan de esta tierra santa; sus áereos pasos se detienen, y su ojo brillante no distingue en torno suyo nada que le espante.

Judá ha cido en otros tiempos sobre estas colinas pasos no menos ágiles, y ha visto ojos mas seductores; ha conocido en estos lugares hoy desiertos, habitantes mas dignos de embellecerlos. Los cedros balancean aun su follaje sobre el monte Libano, pero las nobles hijas de Judá no están allí.

¡Mas dichosa es la palmera que sombrea estas llanuras, que la riza dispersa de Israel! La palmera habita el lugar en que se ha arrojado, y es la hija graciosa del desierto; no puede abandonar el sitio de su nacimiento; no podría vivir en un suelo extraño.

Pero nosotros estamos condenados á vagar afrentados y á morir en tierras lejanas; nuestras cenizas no descansarán con las cenizas de nuestros padres; ya no resta ni una piedra de nuestro templo, y la invasión está extendida en el tronó de Salem.

¡Oh! Herad por aquellos...

¡Oh! Herad por aquellos que lloran en las orillas del río de Babilonia, por aquellos cuyos templos están desiertos y cuya patria es un sueño: herad sobre el harpa despedazada de Judá; gemid... Allí, donde habitaba su Dios, habitan hoy los que no tienen Dios.

¿A dónde, pues, llevará Israel sus pies ensangrentados? ¿A dónde le consolará los dulces cantos de Sion? ¿Cuándo la melodia de Judá regocijará á los corazones, que saltaban al oír sus acordes celestiales?

Tribus errantes, corazones desolados, ¿á dónde huireis para hallar reposo? La paloma torcéz tiene su nido; la raposa su cueva; los cuervos su patria... ¡Israel no tiene mas que la tumba!

Triste está mi alma.

Triste está mi alma. Pulsé pronto el harpa que amo, y brotarán armonías que enanten mis oídos. Si hay en mi corazón una esperanza consoladora, la música la despertará; si hay una lágrima detenida en mis ojos, correrá y no abrasará mis párpados.

Mas yo quiero una melodia melancólica, no alegre; le lo repito: si no lloro, mi corazón llamo de lágrimas va á estallar; él me alimentado por largo tiempo su dolor... demasiado ha sufrido en silencio y en perpétua vigilia; ha llegado la hora de romperse por un exceso de sufrimiento ó de ceder al poderoso encanto de la armonía.

Por las orillas del Jordan.

Por las orillas del Jordan van errantes los camellos del Arábe; sobre las colinas de Sion oran los ministros de los falsos dioses; los adoradores de Bael se arrojan sobre la roca de Simai... y en aquel sitio, en aquel sitio mismo ¡oh gran Dios! tu rayo duerme en silencio.

Aquí, donde tu dedo abicó las tablas de piedra, donde tu columna brilló sobre tu pueblo, donde tu gloria se cubrió con su manto de fuego... ¡no volverás á aparecer para veír de muerte al que te ve!

¡Oh! bñilo tu mirada en el fulgor de tu rayo; avante la lanza de la destrucción como del aporoso; hasta cuando la tierra será hallada por los pies de los tiranos? ¿Hasta cuando permanecerá su templo sin culto? ¡oh Dios mío!

La hija de Jephthé.

¡Oh padre mío! Pues que nuestra patria y nuestro Dios exigen que la hija espere; pues que tu triunfo es el precio de tu voto... ¡híere el seno que por sí mismo se descubre á ti.

La voz de mi dolor ha espirado; las montañas no deben ya volverme á ver: si la mano que bendigo corta el hilo de mis días, no sentiré el dolor del golpe.

No lo dudes ¡oh padre mio! no lo dudes; la sangre de tu hija es tan pura como la bendición que imploro antes de que tu cuchilla la derrame... tan pura como el último pensamiento que endulzará la hora de mi muerte.

¡Padre mio, muéstrate heroico á inflexible juez, sin que te ablande el llanto de las vírgenes de Salem! Yo he conquistado la victoria para tí... mi padre y mi país son libres.

Cuando haya corrido esta sangre que te deho; cuando ya no oiga la voz amada, mi memoria será todavía tu orgullo, y no olvidarás que he muerto sonriéndome!

¡Oh tú, que has perecido en la flor de la hermosura!

¡Oh tú, que has perecido en la flor de la hermosura!... no pesará sobre tí un soberbio monumento; pero entre el césped de tu sepultura las rosas desplegarán sus hojas, primicias de la primavera, y el ciprés las bañará con la blanda melancolía de su sombra.

Muchas veces, cerca de esta azulada fuente, el dolor inclinará su lánguida cabeza; alimentará sus profundos pensamientos con largos sueños; despues se alejará triste y silenciosamente, como si sus pájicos pudiesen turbar el reposo de la que ya no existe.

Harta sabemos que nuestras lágrimas son vanas; que la muerte no escucha los lamentos; pero gemimos, derramamos lágrimas, y tú misma que me dices que te olvide... tú misma tienes el semblante pálido y húmedos los ojos.

VI llorar.

Te vi llorar... Una lágrima brillante se detuvo en el azul de tu pupila, como una gota de rocío en la violeta. Te vi sonreír... y eclipsaste el resplandor del zafiro, que no pudo competir con los rayos centellantes de tu mirada.

Así como las nubes reciben del sol una suave tinte de luz que las cercanas sombras de la noche apenas pueden disipar, así tu sonrisa comunica la pura felicidad al alma mas triste, y tu mirada deja en pos de sí una claridad que se difunde por el corazón.

Tus días han terminado.

Tus días han terminado: tu gloria comienza; los campos de tu pá-

tria celebran los triunfos de su hijo predilecto, las hazñas sangrientas de su espada, sus conquistas, sus victorias y la libertad que ha dado á su pueblo.

Has sucumbido; pero mientras nosotros seamos libres, no perecerá tu nombre. Tu sangre generosa no caerá en la tierra; circulará en nuestras venas, y tu alma estará en nuestro pecho.

Cuando ataquemos al enemigo, tu nombre será el grito de la victoria; tu pérdida el asunto de los himnos que entonarán las voces melodiosas de nuestras vírgenes! Las lágrimas serian una injuria á tu gloria; no acrás llorado.

Saul antes de su último combate.

Guerreros y gefes, si una flecha ó una espada me traspasa el pecho cuando guie el ejército del Señor, no detenga vuestros pasos mi cuerpo ensangrentado, aunque sea un cuerpo de rey; hundid vuestros aceros en el corazón de los hijos de Gath.

¡Oh tú, que llevas mi arco y mi escudo! si los soldados de Saul vuelven la espada y huyen á la aproximación del enemigo, hiere, tiéndeme sin vida á tus pies; quiero ofrecerte á la muerte; ellos no se atreverán á desafiarte.

Adios, guerreros, adios todos, menos tú, heredero de mi trono, hijo de mi corazón; nosotros no nos separaremos jamás! una brillante diadema, un vasto poderio ó una muerte real, he ahí la suerte que hoy nos espera.

Saul—Oh tú, cuyo encanto puede evocar los muertos, haz que aparezca á mis ojos el profeta.

¡La maga de Endor!—Samuel, alza tu cabeza.

¡Rey!... ¡mira, mira el fantasma del profeta!...

Abrese la tierra, Samuel se presenta en medio de una nube. La luz varía de color, rompiendo el sudario que le cubre. La muerte brilla con un resplandor víbrico en sus ojos inmóviles. Sus venas están secas, la mano arrugada; los huesos de sus pies descarnados espantan por su horrible blancura. Los labios inmóviles y la garganta sin aliento exhalan sordas palabras semejantes al murmullo del viento subterráneo. Saul mira, y se prosterna como caca una encina repentinamente herida del rayo.

SOLUCIÓN DEL CEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 50.

Mano sobre mano como mujer de escribano.



(Una escena de Michal, cuadro de M. Muller preseñado en la exposición francesa.)